

Hay que hacerse una pregunta: ¿qué es lo que espera un lector de Borges al leer una biografía escrita por una amiga o amante? Si no se trata de una gran escritora, y Borges no tuvo por novia a ninguna, no deberían caer en la tentación de hacer una biografía de Borges sino de contarnos su testimonio. Deben olvidar —si algunas quedan con ánimo— decirnos qué obra escribió Borges y narrarnos el accidente iniciático de la escalera. Que no nos hablen de laberintos ni de la cábala: quien esto escribe y no creo ser el único, quisiera leer testimonios, conversaciones, anécdotas. Y no es poca cosa. Hay que aceptar que para escribir una gran biografía —y más si se trata de Borges— hay que tener mucho talento. También hay que tenerlo para ser un buen testigo de algunos episodios de importancia.

J.M.

Los libros en Europa

Nostalgias Europeas. Una vida de Stefan Zweig. Jean-Jacques Lafaye. Traducción de Herminia Lauer. Juventud, Barcelona, 1995, 200 páginas.

La extraordinaria generación vienesa de fin de siglo —«cien años nos contemplan»— recibe un nuevo apunte con este trabajo a caballo entre la novela y la investigación del francés Lafaye, donde el lector de Zweig des-

cubre detalles que éste pasa por alto en su autobiografía, en concreto el aspecto difícil de su personalidad, lo que tuvo de renuncia y de sueño —«locura egocéntrica» afirmará Lafaye— una obra orientada a plasmar individualidades históricas a partir de las vivencias propias. El desequilibrio interior que generará esa empresa en sus relaciones familiares y sociales es seguido por Lafaye con detenimiento y con inspiración de novelista: «Ella se respeta más que él, y hay más grandeza y amor en sus silencios que en todos los libros de él», sentencia el francés, a propósito de la primera esposa de Zweig, Friderike, refiriéndose a la inquietud que aleja a Zweig de su hogar y que, finalmente, coincidiendo con la marea nacional-socialista, le lleva a apartarse de ella, de Salzburgo y de Austria, buscando nuevos horizontes.

Sin embargo, lo que atrae del novelista se vuelve en contra del investigador: ésta es la dificultad principal que encuentra uno en este tipo de composición, dificultad que acordona asimismo los trabajos de Zweig, cuyo modelo sigue Lafaye: la unión o yuxtaposición de la esfera de los hechos y la esfera de los valores, de la razón objetiva —la descripción del mundo que hacen las ciencias— y la verdad subjetiva —la ética—, característica formal de la exposición de sentimientos efectuada desde fuera, la falta de distancia del narrador, que por un lado acerca al lector activamente a lo que lee, impide por otro la consideración: la corriente de los hechos no da lugar a un examen de alternativas, a un marco —que no puede incluir el género— de posiciones distintas que encuentren en la crítica —que es discernimiento— una «valoración» efectiva, «educadora» sobre los hechos. Esta traición y grandeza de los géneros subjetivos puede llegar a arte, como en la tragedia griega, la novela de Stendhal, los cuentos de Tolstoi, cuando la colisión entre yo y destino es reflejada por el artista: ¿pero qué ocurre cuando características de un espacio —la novela— se aplican en otro —la biografía— y la personalidad del artista ocupa áreas que, en rigor, no le corresponden? ¿Cuando sus sentimientos o inclinaciones ocupan un lugar que pertenece a otro y desplazan equívocamente el sentido personal de la actitud ética? La realidad se convierte en una proyección del yo, un tejido sensorial, sentimental o intelectual hiperdilatado. Este es el peligro del impresionismo y su inversión, el

expresionismo, del naturalismo y la afirmación romántica, del esteticismo. Es el peligro del arte.

Lafaye investigador nos brinda en la vida de Zweig diferentes momentos que harán patente ese peligro: la temprana veneración por el arte y los artistas —una forma de transvaloración personal— asistirá perpleja a actitudes de Verhaeren y de Rolland no compartidas por Zweig. La creencia en el papel del escritor y en la función del humanismo europeo no dejará de sentir dudas sobre el valor de la palabra como forma de acción y sobre la relatividad de la realidad europea en la realidad mundial. El propio éxito del escritor Zweig, finalmente, no significará, sin embargo, haber llegado a alguna parte; todo lo más, dirige a Zweig a una continua labor de escritura que, posiblemente, le impidió tomar distancia consigo mismo y con su propio tiempo: *Ofrezcámonos a la época tal como nos ansía*, elige Zweig como lema, citando a Shakespeare, para iniciar su autobiografía.

El lector de Zweig encuentra, sin embargo, al hombre Zweig en la obra de Lafaye; éste es el mérito de su libro, que nos acerca a la tragedia y grandeza de un hombre que fue como fue y cuya vida no está exenta de magisterio en los múltiples recuerdos, imágenes y sentimientos, sí, que nos legó y que constituyen una busca de verdad paralela a la que de otros modos y con otros resultados encararon sus contemporáneos los Mann, Musil, Broch, Roth, Hofmannsthal, Rilke, Schönberg, Freud, Kraus, Hesse, Kafka, Wittgenstein, en una crisis de valores aún no resuelta y cuya solución en lo social y en lo personal es tan ambivalente y tan unívoca como el propio ser humano.

Luis Bodelón

Felipe IV y el ocaso de un imperio. J. Calvo Poyato. Barcelona. Edt. Planeta, 1995, 208 pgs.

La divulgación bien encaminada y realizada constituye hoy una de las empresas culturales más necesarias y loables. Sin brizna de exageración, cabe decir que, falta

de ella, la vida intelectual de una colectividad se encuentra invertebrada al no existir capilaridad ni relación entre sus distintos estratos. La ciencia de departamentos y laboratorios debe encontrar una pronta rentabilidad social llegando a todas las capas de la opinión pública a través de una vasta labor de difusión, acometida a su vez por expertos en el difícil quehacer de sintetizar con brío y propiedad los resultados y conclusiones de las investigaciones llevadas a cabo en las esferas especializadas.

Afortunadamente, los progresos conseguidos en España en esta dimensión esencial de la cultura de masas en que la civilización presente se halla inmersa, son muy notables; aún sin alcanzar las metas logradas hace ya tiempo por otras naciones como Francia o Gran Bretaña, la divulgación, especialmente la historiográfica, ofrece una envidiable salud, sin que se atisben síntomas de decaimiento, antes al contrario. Revistas beneméritas, programas radiofónicos y televisivos de impecable factura e incluso cómics de sobresaliente calidad, han asentado los cimientos para que la alta divulgación encuentre amplia audiencia y eco favorable en el público cualificado.

Entre las puntas de lanza de esta plausible tarea se encuentra, sin duda, la desplegada por la editorial barcelonesa que publica el libro glosado a continuación. En particular, su colección *Memoria de la Historia* ha contribuido singularmente a la excelencia de un género que satisface adecuadamente una creciente demanda social: la búsqueda de las identidades nacionales y regionales.

Y en la crisis de 1640 detectan justamente los historiadores de la modernidad española uno de los jalones capitales en la andadura de nuestro país, que con la *revolta dels catalans* y el desgajamiento definitivo del Portugal de los Braganza conocería no sólo un punto de inflexión en su trayectoria interna, sino también, y muy principalmente, en su liderazgo internacional hasta entonces incontestable a lo largo de más de una centuria. De ahí la trascendencia de uno de los reinados más dilatados y decisivos de la historia hispana, continuamente transitado por las plumas más afamadas del modernismo peninsular y foráneo —Domínguez Ortiz, José Alcalá Zamora, Carlos Seco, John H. Elliot,

etc.— y objeto ininterrumpido de algunas de las investigaciones más sólidas de todo el panorama historiográfico nacional.

Avezado en las lides de la divulgación rigurosa, según lo demuestra el éxito obtenido por otras empresas similares a las que ahora comentamos —*Carlos II El Hechizado y su época, Enrique IV El Impotente y el final de una época*, etc.— el profesor Calvo Poyato ha visto también sonreído por la fortuna su empeño de ofrecer en apenas dos centenares de páginas una visión completa y jugosa de Felipe IV y su tiempo. Desde las luminarias de un reinado comenzado con los mejores augurios hasta su lento y pesadoso crepúsculo, nada queda fuera del alcance de una pluma dotada del mayor don de Clí como es el de la capacidad de síntesis, historia interna e historia externa, en la vieja terminología, demografía, economía, sociedad, política, cultura, en la moderna, nada queda sin oportuna —y perspicaz— anotación, con actualizado enfoque bibliográfico y estilo de narrador de altos vuelos. Una especial maestría debe poseerse para que ningún hilo del denso entramado de una monarquía que llevó con dignidad el peso de la púrpura hasta su reemplazamiento por el nuevo astro francés, se añasque o sobredimensione en perjuicio de un planteamiento global y armónico. El catedrático cordobés controla en todo instante las muchas piezas de la polisinodia institucional y de la existencia cotidiana de los reinos que componían la Monarquía Católica, sin que en ningún momento su relato se escore o se deforme, llegando al objetivo propuesto de ofrecer una panorámica totalizadora de un período signado por la guerra y la confrontación, pero también por el esplendor literario y artístico.

Así, pues, misión historiográfica —y, añadiríamos, también social— cumplida con los pronunciamientos más favorables en cuanto a destreza y calidad. Alternando la tarea divulgadora con la especializada, la cátedra con las responsabilidades políticas, el joven estudioso egabrense recorre —con el titánico esfuerzo que es fácil de imaginar— firmemente una cuajada carrera de historiador. Albricias y reconocimientos.

**José Manuel Cuenca
Toribio**

José Ortega y Gasset. El sentimiento estético de la vida (Antología). Madrid, Tecnos, 1995. Edición de José Luis Molinuevo.

Dentro de la recuperación de la obra de Ortega que se está produciendo en los últimos años, no cabe sino agradecer la antología y el estudio crítico realizados por el profesor José Luis Molinuevo. Buscando complementar lo cronológico con lo temático, la selección de Molinuevo ofrece los textos más significativos para aproximarse a la estética del filósofo madrileño. Se trata de una selección más amplia —el volumen roza las quinientas páginas— que la realizada en otras ocasiones. Además de textos referidos directamente a la literatura o a las artes plásticas, se incluyen otros cuya importancia para la estética —especialmente para la vivencia estética— pudiera ser menos evidente. Entre ellos, escritos sobre el paisaje o sobre el sentido deportivo de la vida.

En su extensa introducción, Molinuevo pone de manifiesto la ambición orteguiana de hacernos comprender que la vida, a partir de su facticidad, puede ser perfeccionada en múltiples direcciones. El sujeto puede entablar diversas relaciones con lo real, modificándolo, tal como se manifiesta en las vinculaciones que el arte y la vivencia estética pueden establecer con el conocimiento, la política o el paisaje. Se trata en todos los casos de «salvar» la circunstancia en la que los sujetos se encuentran, siendo de especial importancia la construcción de la identidad, tanto individual como colectiva. A este respecto, la centralidad del tema de España es especialmente notable en los escritos más tempranos sin que desaparezca en los posteriores. A mi juicio, ello tiene que ver con la delimitación y autonomización progresiva de la estética tal como va acaeciendo en la obra de Ortega.

Como señala Molinuevo en su estudio, tanto el arte como la política tienen que ver con la creación de nuevas realidades a partir de la transformación de las existentes. De ahí que, en mi opinión, quepa analizar, entre otros, dos aspectos complementarios y fundamentales de la estética de Ortega: el proceso creativo y la obra de arte creada. El proceso creativo puede sintetizarse en el término «irrealización», mientras que el objeto

estético debe tener como rasgo principal su carácter hermético.

En cualquier caso, la estética orteguiana no es un ámbito ontológico menor sino un aspecto decisivo de la concepción de Ortega, cuya relevancia puede ser mejor entendida gracias a volúmenes como el que comentamos. A través de esos textos podemos también aproximarnos a la visión orteguiana del artista, o a sus opiniones sobre distintas corrientes artísticas o epistemológicas.

Rafael García Alonso

Clásicos contemporáneos comentados, Destino, Barcelona, 1995.

La empresa Destino ha decidido organizar esta colección con diversos efectos que convergen en una línea editorial. Textos de precio más que acomodado, con buena solución gráfica, ponen al alcance del más modesto comprador unos títulos que se deben a autores de nuestro siglo y que ya han probado suerte en distintos lugares y épocas, recogiendo la aprobación sostenida de vastos públicos.

Un especialista se encarga de darnos noticia biográfica del escritor, enfocar críticamente la obra y dar cuenta de su recepción, a través de lo que podríamos llamar historia de su lectura. Estos textos introductorios valen tanto para quien se inicia en tal suerte de estimaciones, como para el enterado que pretende sumar una crítica más a las que ya conoce. Si la curiosidad de unos y otros no se sacia con la oferta, una nutrida bibliografía le sugiere el camino a seguir.

Los primeros libros de la colección y sus editores se enuncian como sigue: *La familia de Pascual Duarte* de Camilo José Cela (Adolfo Sotelo), *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes (Antonio Vilanova), *Nada* de Carmen Laforet (Rosa Navarro Durán), *El camino* de Miguel Delibes (Marisa Sotelo), *Rebelión en la granja* de George Orwell (traducción de Rafael Abella, edición de Rosa González).

Diario 2. Estados Unidos (1939-1950), Zenobia Camprubí, Alianza, Madrid, 1995, 356 páginas.

Continuando la edición en tres tomos de los diarios de Zenobia, a cargo de Graciela Palau de Nemes, he aquí el que narra los primeros años del exilio, con viajes a Puerto Rico, desde Cuba y la recorrida triunfal por Argentina, donde Juan Ramón resultó una mezcla de Gandhi con Frank Sinatra, según fórmula de Zenobia.

Las anotaciones de la autora son, mayormente, domésticas. Una renta familiar, algunos empleos bastante cómodos y eventuales derechos de autor, permitieron al matrimonio Jiménez vivir con modesta holgura y hasta recuperar momentos de esplendor, como los vividos por la familia Camprubí a comienzos de siglo. A Zenobia le importa poco el mundo exterior (véase la fugaz anotación sobre el fin de la guerra mundial, por ejemplo), del que parece sólo entusiasmarla la música (arte que ensimisma y devuelve a la interioridad). Así sabemos cómo son sus distintas habitaciones, lo inhábil que se la ve en la cocina, la lista de sus amigas, sus lecturas caedizas.

Lo más interesante del texto quizá sea la no muy íntima pero sí atenta crónica de su relación con el poeta. Juan Ramón era un hombre inseguro, con fuertes depresiones, tendencia al encierro, irritable y que aceptaba difícilmente a los demás. Zenobia le servía de madre y enfermera (de hecho, siempre escogía una casa que tuviera al lado un hospital). Le pasaba en limpio sus manuscritos, intentando no atormentarlo con la máquina de escribir, lo exaltaba cuando él se hundía en el desconcierto, le hacía parcas comiditas y deliberaba sobre la mejor vivienda para establecerse en sus constantes desplazamientos. Los esbozos de retrato son agudos: «JR cree que se le debe rendir pleitesía en todo a cada minuto»... «Siempre que voy con JR a cualquier parte sufro, porque para él todo es muy difícil»... «Él siempre vacila cuando empieza a adelantar».

Obviamente, Juan Ramón era un fóbico y Zenobia, su acompañante contrafóbico. Esto provocaba en la mujer un sentimiento de soledad muy agudo, porque siempre estaba en un espacio vacío, mediando entre JR y el amenazante mundo de la fobia. A veces, imaginaba separarse de esa vida compulsiva y ansiosa, pero sólo

alcanzaba a tomar un cuarto para aislarse aún más. Sin JR, su vida se desmoronaba y se reducía a la nulidad. «JR está en actitud polémica, egoísta e irritable, me encuentro planeando el resto de mi vida egoístamente. Voy a tratar de disfrutar parte de lo que me queda de ella. Y de seguro quiero un cuarto para mí sola para hacer lo que me dé la gana...» (25 de julio de 1939).

La edición cuenta con notas de contexto, onomástico y una selección de fotos curiosas: verlo a Juan Ramón sonriente es una suerte de hazaña, lo mismo que posando ante un pizarrón donde luce, escrita en tiza y con caligrafía de modélica pulcritud, la letra del tango *Adiós muchachos*.

La novela de un literato 3, Rafael Cansinos-Assens, Alianza, Madrid, 1995, 388 páginas.

En los dos volúmenes anteriores, las memorias de Cansinos llegaban a 1923, año de la Dictadura. Con ella empieza esta tercera entrega, que alcanza hasta el estallido de la guerra civil. Escritor de oscura situación, supuesto erudito, traductor infatigable, Cansinos despierta la curiosidad que arrojó sobre él la admiración de Borges, tan adepto a exaltar a figuras menores como Evaristo Carriego, Almafuerte o Elvira de Alvear.

El espejo en que se mira Cansinos es el de la clase media pobre de la literatura, esa población de periodistas que aspiraban a publicar en la *Novela Semanal* o a estrenar alguna pieza de teatro o, al menos, un afortunado cuplé, con cuyas regalías mudarse de la Glorieta de Atocha a la calle Serrano. Una bohemia gris, de miserias más bien decentes, algo buscona y muy chismosa, detiene la morosa atención de Cansinos y rescata de la aniquilación a innumerables nombres como Artemio Precioso, José Mas, Julio Hoyos o José Sánchez Rojas. Se mezclan, sin mayor distinción, con los jóvenes Borges, García Lorca y Alberti. Y es lástima, porque Cansinos no era mal lector, si lo juzgamos por sus pantallazos de Gabriel Miró o Valle-Inclán. El revoltijo se debe a que le gustaba orillar ese mundo de pasajero relumbrón, la firma al pie, con sus matices de escándalo sexual que despertaba la homofobia cansina, según se ve en los casos de Hoyos y Vinent, Jiménez de Asúa o Victoria Kent.

Como archivo de noticias menores y olvidadas, el libro es útil al cronista de la vida literaria en el sentido más anecdótico de la expresión: lo que hacen los escritores todos los días, no lo que imaginan o piensan en sus momentos definitorios. Información sobre gentes, lugares o eventos, hay escasísima. A Cansinos le importaba, dentro de la gran ciudad, el arrabal de los pequeños letrados. Todo entra, finalmente, en la conjetura que es el universo, como acostumbra decir su admirador Borges.

El método formal en los estudios literarios, Mijaíl Bajtín (Pável Nikolaievich Medvedev), prólogo de Amalia Rodríguez Monroy, versión española de Tatiana Bubnova, Alianza, Madrid, 1995, 265 pp.

En los años veinte, el círculo de Bajtín produjo una serie de textos que, no obstante la diversidad de sus autores, fueron atribuidos al propio Bajtín por los investigadores del tema. La tendencia del sabio ruso a la retracción personal y el temor a las persecuciones inquisitoriales del régimen, hicieron que aceptara estos ocultamientos.

Ahora tenemos el texto de Medvedev-Bajtín en traducción directa del ruso. Ya ha circulado lo suyo y se lo ha asumido como corresponde, es decir como una relectura crítica de la polémica entre el formalismo y el sociologismo. Bajtín rebate a los formalistas (ya enredados en jugosas discusiones con Trotsky, cuando éste era aún la voz oficial comunista) afirmando que el puro formalismo es imposible: el lenguaje, por más que se lo quiera considerar como un sistema de relaciones (estructura) puramente formal, no lo es nunca, por su misma naturaleza. El lenguaje es siempre acto, situación en el mundo, opción valorativa, producción de formas genéricas, concepto. En pocas palabras: el lenguaje produce ideología aunque no lo sepa y aunque se trate de poner sus contenidos entre paréntesis. Todo texto propone un contexto, señala hacia afuera de sí y se constituye en un fenómeno social.

A su vez, la investigación de Bajtín acerca de las ambigüedades dialécticas del lenguaje, de su carácter íntimamente dialógico o polifónico, llevan a una utiliza-

ción del método que logra entreabrir el texto que lee, en lugar de cerrarlo como una estructura autosuficiente. La estética de la recepción y el deconstructivismo deben casi todo a Bajtín, que, a su vez, hace la crítica del sociologismo vulgar, que ve en el lenguaje una mera cámara de reflejos de la realidad, cuando, en rigor, tenemos lenguaje, precisamente, porque lo real nos resulta inaccesible.

Bajtín no rechaza radicalmente el formalismo. Hace su crítica, no su aniquilación. La propuesta formalista de constituir una ciencia de la literatura fue fecunda, aunque errada. La ciencia exige un objeto abstracto y constante, y un texto literario nunca lo es. Una ciencia del texto equivaldría a una consideración arqueológica del lenguaje literario. Y la lectura de los clásicos desmiente a cada rato esta pretensión. No por conocido, entonces, resulta menos oportuno este texto que, también él, quiere ser clásico y sumirse en el inestable y agitado flujo de la historia.

Sociedad, amor y poesía en la Grecia antigua, Francisco Rodríguez Adrados, Alianza, Madrid, 1995, 328 pp.

Los griegos (los griegos clásicos, los atenienses, con algunas reminiscencias homéricas, que es el mundo abordado por el autor) pensaron casi todo, pero, sin embargo, no hay entre nuestra palabra *amor* y el vasto vocabulario de aquéllos, una correspondencia exacta. Este ajuste/desajuste permite a Rodríguez Adrados un largo y complejo recorrido por las maneras de mencionar y de imaginar la relación amorosa, erotismo, afecto, devoción o mera locura, que el amor «moderno» retoma en el curso de una tradición inmemorial. Ya sabemos que la gente se ha amado siempre, pero lo que nos queda de esa gente y de sus amores no son sus sentimientos, sino algunas palabras por ellos provocadas. De modo que el amor, como todas las cosas humanas, acaba siendo una preocupación filológica.

El amor griego, en sentido amplio (no de mera especialidad erótica: amor a los efebos) es un estado de enajenación que nos disuelve como sujetos y nos conecta con la totalidad continua del cosmos. Es algo que nos ocurre de golpe y que vale como una posesión divina:

un dios se apodera de nosotros y somos él y no somos nosotros. Algo parecido al raptó de la inspiración poética. Entonces: ya los griegos vinculan el eros con lo sagrado y con la poesía. Y en ello seguimos.

En su momento, aparece Platón, el cual medita acerca del eros, no como plenitud, sino como fantasma de plenitud, o sea como carencia, como búsqueda de lo faltante en el otro. Y la inquietud correlativa: ¿buscamos lo otro o lo mismo en el ser amado?

Otro aspecto curioso del amor griego es su «moderno» sentido unidireccional. El amor es el sentimiento del amante, no la respuesta del amado. De alguna manera, el amor es más amor cuando no resulta correspondido, cuando el amado es objeto puro y pleno, encarnación perfecta del fantasma. El amor cortés, el amor romántico, las desventuras proustianas de Swann, estaban ya en la reflexión griega clásica.

Rodríguez Adrados, a la vez que precisiones conceptuales, hace un viaje filológico por incontables textos literarios y filosóficos, andando siempre de puntillas por esas palabras tan remotas y tan actuales, tan parecidas a las nuestras y tan sutilmente distintas.

In Nomine Dei, José Saramago, traducción de Basilio Losada, Ronsel, Barcelona, 1994, 207 pp.

Saramago es vastamente conocido como narrador y viajero. Menos, según parece, como dramaturgo y libretista de ópera. Con esta obra, ambientada en la Alemania del siglo XVI y sus guerras religiosas, sube a las tablas. La anécdota se sitúa en la ciudad de Münster, dominada por un concejo municipal de anabaptistas, que establecen la poligamia (la bíblica, entendámonos) crean cierto clima de fiesta y celebración en una ciudad sitiada por las tropas del emperador alemán. Derrotada y cruelmente reprimida, la sedición desaparece y la normalidad monogámica y municipal es restaurada.

Los vaivenes de este episodio y las discusiones teológicas que los arrojan, permiten a Saramago desarrollar una fábula pesimista en torno al carácter circular de la intolerancia humana. Los hombres se matan por palabras que consideran sagradas. Les (nos) bastaría mirar a los animales y aprender de ellos, que no castigan el

canibalismo ni el incesto, por ejemplo. Ni tienen lenguaje, sagrado ni profano. Pero, entonces ¿quedaría algo de la literatura de Saramago? Creo que esta final ironía es la que animó al escritor portugués a internarse, una vez más, en las peleas religiosas de la vieja Europa, que lo inquietan bajo diversas figuras: Jesucristo, la construcción de un monasterio barroco, la Reforma protestante.

Sepharden, Morisken, Indianerinnen und ihresgleichen. Die andere Seite der hispanischen Kulturen, editado por André Soll. Aisthesis Verlag, Bielefeld, 1995, 416 pp.

La cultura moderna española, que se forma en la baja Edad Media y llega hasta fines del siglo XV, es el resultado de un complejo mestizaje entre herencias latinas, ibéricas y góticas, entremezcladas con aportes judíos e islámicos. La imposición del absolutismo y la religión de Estado dejó en la negación y el silencio muchos de estos componentes, que reaparecen, por efecto de la represión, en expresiones de heterodoxia, marginalidad y diferencia. El profesor Stoll ha convocado a una serie de estudiosos para que desplieguen estudios monográficos en torno a estos fenómenos de la «otra» cultura hispánica, la que podríamos llamar discrepante u oficiosa.

Manifestaciones de culturas indígenas, visiones idealizadas o denigratorias del indio en la literatura del conquistador, los moriscos granadinos, las mujeres en la conquista, son algunos de los temas abordados. El elenco de colaboradores está integrado por Werner Kummer, Barbara Potthast-Jutkeit, Hans Haufe, María Concepción García Saiz, Javier Ortiz, Urs Bitterli, Gertrude Strohm-Katzer, Carl Hermann Middelanis, Elke Sengevald, Pino Valero Cuadra, Peter Strack, Rafael Gutiérrez Girardot y Monika Bosse.

Manuel José de la Quintana y el espíritu de la España liberal. Con textos inéditos, Diego Martínez Torrón, Alfar, Sevilla, 1995, 335 pp.

Continuando sus estudios sobre los comienzos del romanticismo español (ya son conocidos sus trabajos

sobre Lista, reseñados en estas mismas páginas) el profesor Martínez Torrón encara la figura de Quintana, escritor y político liberal que proyectó una entusiasta modernización de España que los hechos históricos fueron desmintiendo, pero que perdura como programa ideal del progresismo hispano del XIX, América incluida.

Martínez Torrón destaca que, tras el clásico trabajo de Albert Dérozier, poco se ha avanzado en los estudios quintanianos y, a pesar de admitir el magisterio del erudito francés, indica que conviene prolongar y completar sus investigaciones, sobre todo en cuanto a la actuación de Quintana en el trienio liberal y sus posiciones en relación con la independencia americana.

El rastreo bibliográfico de Martínez Torrón es muy minucioso y permite imponernos del estado de la cuestión. Aparte de ello, establece la hasta ahora ignorada autoría de Quintana respecto de una porción de los *Retratos de los españoles más ilustres con un epítome de sus vidas*, colección de monografías editadas entre 1791 y 1860, echando luz sobre esta traspuesta zona de la obra quintaniana.

La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano regional, Manuel Castells, versión española de Raúl Quintana Muñoz, Alianza, Madrid, 1995, 504 pp.

La llamada revolución informática ha dado lugar a numerosas especulaciones acerca de si por sí misma significa una nueva era en la tecnología productiva, la cultura y hasta la historia humana. Castells propone prudencia al respecto, señalando que las transformaciones en el utillaje para acumular y procesar información, en realidad, constituyen una aceleración de un proceso inmemorial: achicar el espacio y el tiempo por medio de la comunicación del saber. En especial, Castells propone evitar las profecías y las proyecciones unilaterales de datos. Nuestras sociedades distan mucho de estar controladas por el Gran Hermano de Orwell, personaje visible y altamente ideológico, así como el trabajo en casa o teletrabajo es insignificante en el conjunto de la sociedad postindustrial estudiada por Bell, Touraine y Richta.

Profetizar es erróneo porque las sociedades se desarrollan de modo conflictivo y contradictorio. Los desarrollos técnicos no son el único factor, ya que hay agentes sociales, el Estado e imprevisibles factores de abaratamiento o encarecimiento del utillaje, que desbaratan cualquier prognosis rígida.

En qué consiste la revolución informática, resulta algo bastante nebuloso. Que las decisiones productivas se basan en la información, siempre ha sido así. En cuanto a la internacionalización de la economía, es un proceso que viene del siglo XV. Las velocidades varían pero ¿qué es lo radicalmente nuevo en todo el asunto? Quizás esa expresión galimatíaca de que ahora la información es la materia prima y el producto, a la vez.

Lo más interesante en el trabajo de Castells no es la cimentación teórica de la cual parte, sino la investigación de campo acerca de los cambios registrados en la industria norteamericana desde la invención del microprocesador en 1971. La facilidad para trasladar instalaciones, la mundialización de las grandes empresas y el alto costo del utillaje industrial y su constante renovación, han provocado una desindustrialización, una reubicación de plantas y una reindustrialización en curso. Todo ello, dentro de un marco de relaciones laborales que se alejan de los modelos de los años treinta/cuarenta: empleo fijo y estable, relaciones protegidas, especialización estática del trabajador. El capital extrae cada vez más riqueza del conjunto producido, por lo que debe estar siempre renovando sus instalaciones, que hacen cada vez más productivo el trabajo. Emplea a cada vez menos gente y exige un aprendizaje técnico incesante. ¿Constituye todo esto un nuevo modo de producción? Castells lo denomina «modo de producción informático» y privilegia los espacios de flujos en que se desenvuelve la economía postindustrial, por la rapidez con que un capital puede ser llevado de un país a otro y la comparable rapidez con que una empresa se levanta de Ohio y se marcha al Brasil o a Singapur.

Vamos a una economía planetaria, gobernada de modo tecnocrático y poco o nada democrático (en rigor, la democracia mundial nunca ha existido). Los gobiernos locales cobran importancia, sea para reforzar los mecanismos compensatorios de control democrático-social o para convertirse en centros de ensimismamiento

tribal. Las identidades de clase e ideología se desdibujan y surgen las individualidades de los sujetos aislados o los conjuntos clánicos. A través de un rastreo estadístico complejo y minucioso, Castells exhibe la historia de los Estados Unidos en las décadas del setenta y el ochenta, como un posible paradigma de la reconversión de la industria en la postindustria. Historia, pues, y no profecía ni mundos telemáticos alejados de este mundo, que es el único con el cual, de momento, contamos.

Paul Valéry y el mundo hispánico, Monique Allain-Castrillo, Gredos, Madrid, 1995, 398 pp.

Los vínculos entre Valéry y los países/literaturas en español, son múltiples y justifican una minuciosa investigación como la cumplida por Allain-Castrillo. Ante todo, las lecturas que Valéry hizo de escritores españoles, con San Juan de la Cruz al frente, sin desplazar las sugerencias barrocas que heredó de su maestro Mallarmé (Góngora, Gracián). Luego, sus viajes a España y su interés por eventos que afectaban a la política peninsular o hispanoamericana. Y, por fin, la constante y compleja recepción de Valéry en español: rechazos o indiferencia del 98, concomitancias con cierto Juan Ramón, atención apasionada y polivalente en el 27, influencias y, como dice agudamente Octavio Paz, «vigilancias» sobre ciertos movimientos poéticos latinoamericanos, notoriamente los «contemporáneos» mexicanos.

Valéry, considerado un poeta marmóreo, intemporal y, por ello, apto para museos y baratillos, sigue, sin embargo, ejerciendo una proclividad *caliente* en sucesivas generaciones de críticos y poetas. En cuanto a las traducciones comparadas, pocos autores pueden jactarse de tan generoso tratamiento. De todo ello rinde cuenta puntual la autora del presente libro. No deja de advertirse, sin embargo, que la frecuencia valeryana suele reducirse a tópicos y a contratos que enflaquecen la complejidad del original. La confusión de poesía pura con esencialismo, poesía metafísica o abstracta, no es la menor. Quien mejor parece haber percibido el guiño valeryano resulta ser, quién lo diría, García Lorca: inspirarse es viajar al extranjero y escribir un poema es narrar el viaje. Porque Valéry, matemático y

arquitecto aficionadillo, acabó aceptando que hay un entendimiento poético al que se llega «toda ciencia trascendiendo».

Deslinde, Pedro Provencio, Ave del Paraíso, Madrid, 1995, 89 pp.

Dos partes bien diferenciadas componen este nuevo poemario de Pedro Provencio: las cuatro primeras secciones están compuestas de poemas y la última, «Travesía», parece también estarlo, aunque, en rigor, ordena aforismos y reflexiones versificadas que remiten a una antigua y sostenida devoción del autor, Juan de Mairena.

Con el tiempo, la poesía de Provencio ha ido tornándose cada vez más apretada y conceptual. Renuncia a la mayor parte de referencias concretas e intenta mantenerse en la sola concreción de la palabra. Tales resignaciones señalan a un asceta, cuyo ascetismo es ateo, pues no se encamina a ninguna trascendencia. Desde tal inmanencia, retirado del mundo, es posible que el poeta enuncie su poema como la depuración del decir, suerte de puente de agua imaginario sobre el erial del mundo, donde todo aparece apenas para desaparecer. Cuando se va al encuentro de las cosas, ellas se han marchado, han pasado de largo, en juego armonioso y desesperante de *aún no y ya no*, al ritmo de los golpes que lanza la maquinaria de un reloj.

En las orillas de este heroico ejercicio de estrictez, surge la pregunta sobre la realidad del mundo:

El que va de ida dice: «El todo es una trampa».
Y el que vuelve replica: «Pero la parte también».
De donde se deduce que lo único sustancial es el vacío.

Podría llevarse la radical conclusión hacia una religión de la vacuidad y el silencio, hacia una adoración de la nada como lo único sagrado. Pero ya hemos dicho que este asceta está escindido de la trascendencia y por eso es un poeta y no un místico del silencio. En Occidente no hay ser sin decir, el inefable ser habita la casa de la palabra. Así es posible arriesgar una definición de la vida: *Días iguales todos en pasar / distintos todos en*

querer quedarse, / ... tantas noches, todas diferentes / en llegar, iguales todas / en no irse.

B.M.

Diccionario terminológico de las literaturas románicas, Rainer Hess, Gustav Siebenmann, Mireille Frauenrath, Tilbert Stegmann. Versión española de José M^a Díaz-Regañón, Ed. Gredos, 1996.

Todo diccionario es un cosmos cuyo eje de gravitación es el alfabeto. De hecho, cada vez que consultamos un término, descendemos a su radicalidad, su concreción. Además de esto, cualquier diccionario que se precie está lleno de analogías y rigurosas lógicas internas, aunque sometidas al pan y agua de la definición. Este diccionario que la editorial Gredos ha puesto en manos del lector español, es de gran valor por la rigurosidad con que ha sido llevado a cabo. Tal como expresa el prólogo, la estructura de esta obra manifiesta la perspectiva de una romanística comparada. Esta vocación contrastiva trasciende los criterios nacionales englobándolos en un concepto de cultura románica, lo que permite al lector observar conexiones que les podían pasar desapercibidas. Por otro lado, y como suele ser habitual en este tipo de obras, cada artículo viene acompañado de una sucinta bibliografía.

Los autores recuerdan al lector español que la obra fue concebida originariamente para lectores de habla alemana. «Este origen causó múltiples dificultades, no sólo para el traductor de la versión en castellano, sino también para los mismos autores». Gracias a este diálogo filológico, léxico y conceptual, posibilitó que los autores hicieran algunas mejoras en el original.

Copistas y filólogos, Leighton D.Reinolds y Nigel G. Wilson. Traducción de Manuel Sánchez Mariana, Gredos, Madrid, 1995.

Trata esta obra de las vías de transmisión de las literaturas griegas y latinas, es decir: sobre la gran aventu-

ra de la cultura occidental. Aunque el libro está pensado, como aclaran sus autores, para estudiantes de literatura griega y latina, tiene interés para cualquier persona que se interese por la cultura clásica. Es una historia, pues, de los textos, su supervivencia, paralela a la creación de bibliotecas, públicas o privadas y el desarrollo de la filología. El libro es un repaso que ocupa el período que va desde el Medievo al final del Renacimiento, principalmente, aunque hay referencias a períodos anteriores y posteriores, llegando éste al siglo XIX. Es un breviario, no una obra exhaustiva. Piénsese que sólo el estudio de la transmisión de la obra de Platón ocuparía varios cientos de páginas.

Del rollo al papiro y de éste a la imprenta, este libro es abundante en curiosidades relativas a las obras de los grandes autores y también a los menos centrales, así como sobre aquellos filólogos y eruditos que tradujeron o copiaron dichos manuscritos. La pervivencia de estos textos literarios ha dependido, además del celo individual o colectivo, de cuestiones materiales y culturales: tanto el tipo material y la manera de confeccionar el libro como los conocimientos filológicos, gustos literarios, corrientes culturales, etc. Una vez establecida la imprenta, la conservación cambió de signo, pero gracias a los avances de la filología y la paleografía, además de la simple curiosidad y tenacidad, se siguieron descubriendo fragmentos u obras enteras de gran interés para el conocimiento del mundo clásico. El libro se cierra con un capítulo dedicado a la crítica textual, tan importante en cualquier edición que se pretenda correcta de obras que, en muchos casos, se prestan a múltiples confusiones.

Divina comedia, Dante Alighieri, traducción de Abilio Echeverría. Prólogo de Carlos Alvar. Alianza Editorial, Madrid, 1996.

Abilio Echeverría ha llevado a cabo una dura tarea, la de traducir en tercetos encadenados, rimados, la *Divina Comedia*. Es un desafío no exento de riesgos y que se lleva a cabo sólo de vez en cuando por razones diversas. Una de ellas: porque el paso del tiempo haya empobrecido las anteriores; otra puede ser el que se quiera acercarse aún más a la obra original, traducida con defecto por tal

o cual traductor anteriormente; finalmente: por intereses editoriales. En el pasado inmediato le preceden varias traducciones, siendo la más destacable la de Ángel Crespo, editada por Seix Barral en 1973. Es una gran traducción, como la que llevó a cabo del *Cancionero* de Petrarca. Nunca tendremos suficientemente en cuenta el valor de tareas realizadas con tan buen saber literario. En cuanto a la que ahora nos ofrece Echeverría, hay que decir que es aceptable en términos generales, pero inferior a la de Crespo. Le falta algo de poesía, exactitud poética. Pienso que después de acometer una tarea semejante uno debería tomarse la molestia de escribir un prólogo contando las razones que le han impulsado a aceptar tal desafío. No critico el pertinente prólogo de Alvar sino la ausencia de una explicación de Echeverría. La edición estará profusamente anotada, lo que permite iluminar aspectos oscuros y, por otra parte, la acerca del mundo estudiantil. Ahora voy a confrontar dos o tres puntos de ambas traducciones para ejemplificar mi crítica.

A mitad del camino de la vida
yo me encontraba en una selva oscura,
con la senda derecha ya perdida.
¡Ah, pues decir cuál era es cosa dura
esta selva salvaje, áspera y fuerte
que en el pensar renueva la pavora!

(Crespo)

En mitad del camino de la vida
me hallé en el medio de una selva oscura
después de dar mi senda por perdida.
¡Ay, cuánto al descubrir es cosa dura
esta selva salvaje, áspera y fuerte
que en el alma renueva la amargura!

(Echeverría)

Dante no dice que se encontrara «en el medio», que es casi un pleonismo de «selva» sino «per una selva oscura». Tampoco dice que fuera antes o después sino «che la diritta via era smarrita». En el segundo terceto, Crespo está también más cerca del original sin perder (más bien ganando) calidad literaria. El último verso dice: «che nel pensier rinnova la paura!» Exactamente lo que dice Crespo: pensamiento y pavora, no alma y amargura. Esto le hace a Echeverría comenzar el siguiente verso con «amargura», tal vez como viene en Dante («Tant'è amara che poco è piú morte»), pero repitiendo en su traducción, lo que disminuye formal y semánticamente el poema.

Ed elli a me: «Le cose ti fier conte
quando noi fermerem li nostri passi
sulla trista riviera d'Acheronte».
(Dante)

Y él a mí: «Contestando habrás de verte
cuando del Aqueronte en la ribera
hayas, al par que yo, de detenerte».
(Crespo)

Y él me dijo: «Tendrás noticia entera,
por cuanto veas, cuando el pic pongamos
del hórrido Aqueronte en la ribera.
(Echeverría)

No necesita comentario; pero cederé en un punto: el segundo verso de Echeverría es feo («cuanto» «cuando»). Aclaro que hay momentos, no muchos, en los que la versión de Echeverría aventaja a la de Crespo. Sólo de manera puntual; en conjunto, la *Divina Comedia* de Crespo se lee como un gran poema, no siempre felizmente resuelto; mientras que en la de Echeverría, siendo bastante aceptable, es de un tono algo menor.

Tierras lejanas, voces cercanas, Edición a cargo de Shyma Prasad Ganguly, Indian Council and Wiley Eastern Limited, New Delhi, India, 1995.

La obra está dividida en cinco partes y éstas han sido cubiertas por diversos autores; son las siguientes: «Aspectos históricos y de recepción», «Estudios de relaciones contemporáneas», «Panorama de los estudios hispánicos y portugueses en la India», «Antología menor de la poesía contemporánea de la India», «Bibliografía sobre la indología, los estudios hispánicos y portugueses».

Este articulado libro trata sobre la presencia de la cultura india en los mundos iberoamericanos y en menor medida de la presencia e «influencia» de las culturas hispanas en la India actual, especialmente en el campo de la literatura. Es un esfuerzo loable y poco habitual que, aunque no llena todo el vacío informativo que padecemos, sí pone alguna piedra sobre la que levantar los futuros estudios sobre la recepción del pensamiento oriental en nuestra lengua. La orientación de estos trabajos es diversa, tentacular y abarca tanto lo literario como lo social y político. El libro es desigual pero de indudable

interés bibliográfico. Creo que el coordinador, Shyma Prasad Ganguly acierta en el último párrafo de su introducción: «Quien ojee las materias de este libro en su totalidad con exagerado rigor crítico encontrará que faltan autores, temas, espacios, géneros y ¿por qué no? también bases teóricas y metodológicas utilizables. Pero aún con esas limitaciones, cuánta falta nos hacía fomentar una colección de estudios de esta índole en que participaran representantes destacados de varios sectores intelectuales». La obra se cierra con una utilísima bibliografía.

Una pena en observación, C.S. Lewis, traducción de Carmen Martín Gaité, Ed. Anagrama, 1994.

Clive Staples Lewis (Belfast 1898-Oxford 1963) fue autor de varios libros de poemas, novelas fantásticas, cuentos y libros de ensayos. Este pequeño texto lo escribió a raíz de la muerte de su esposa, la poetisa norteamericana Helen Joy Davidson Gresham. El fue un solterón —hasta conocerla—, católico y hombre de finas lecturas; ella, católica (de origen judío), divorciada y comunista. Apareció en la vida de Lewis cuando ya contaba cincuenta y cuatro años. Ambos se enamoraron y conocieron lo que se llama un verdadero encuentro de destinos, o el destino de un encuentro. Helen murió a los pocos años, (1960) de cáncer y Lewis no tardó demasiado en seguirle los pasos. Este librito, cuyo título original es *A Grief Observed*, es el testimonio de una pérdida amorosa fundamental y una reflexión sobre lo irreparable.

El libro se abre con una frase rotunda que parece suponer perspicacia, pero que pronto descubrimos que responde, quizás, a un hombre de poca experiencia sentimental: «Nadie me había dicho nunca que la pena se viviese como miedo». Si pensamos que la pena es dolor, su correlato (el miedo al dolor) vendrá enseguida. Pero el texto no defrauda, todo lo contrario: es el diálogo de un hombre sensible e inteligente, al par que valiente, con sus creencias, la ausencia de su esposa y, en principio y finalmente, consigo mismo.

J.M.